

Pastoralia

¡Adiós,

Amigo y Compañero!

Plutarco Bonilla A.

Plutarco Bonilla A.
¡Adiós, Amigo y Compañero!
Artículo publicado en el 2º semestre de 1988
Revista Pastoralia n^{os}. 20/21 – Año 10 – Páginas 4 a 8



¡ ADIÓS, AMIGO Y COMPAÑERO !

Plutarco Bonilla A.

Se desgranaban los últimos pedazos de la década de los sesenta cuando conocí a Orlando E. Costas. ¡Por favor!, no me pregunten de qué es inicial la “E” de su segundo nombre, pues el mismo Orlando siempre se burló de mí – en el sentido único que la palabra “burla” tiene entre amigos que se aman – porque cada vez que me preguntaba... yo le decía un nombre que no era. A pesar de que me lo repitió en más de una ocasión, ahora mismo no podría decir a ciencia cierta que lo sé. En efecto, todavía vacilo entre decir “Ernesto” o “Enrique”. Y mientras escribo estas líneas, escucho, con una sonrisa reflejada en mi rostro, la sonora, casi estentórea carcajada que tanto caracterizó a Orlando. Y lo veo corrigiéndome, aunque ahora no puedo percibir con claridad las sílabas que salen de sus ya etéreos labios. Me digo a mí mismo – ¿será para justificarme? –: “¡Y que más da? Para mí – para nosotros, que gozamos de la sin par bendición de contarnos entre sus amigos – siempre fue Orlando”. Más aún: para un círculo todavía más reducido, él fue “El gordo Costas”, dicho – ahora más que nunca – con un cariño y un respeto irreductibles a palabras.

Orlando llegó a nuestra vida – a mi vida – como predicador y evangelista. En los casi veinte años de nuestra amistad y conocimiento mutuos, el nombre de Orlando siempre estuvo ligado a la predicación y a la evangelización. Seguramente habrá aquí y ahora, en esta noche y en este templo – donde nos reunimos a rendirle tributo a su memoria y a expresar nuestro amor solidario, a pesar de la distancia, a esa extraordinaria dama que se llama Rose Feliciano de Costas, y a sus dos bellas hijas, Annette y Dannette habrá sin duda en este recinto repito, personas que vieron su fe nacer y florecer en virtud del testimonio de Orlando, que Dios en su gracia usó.

Quizá les extrañe a Uds. la manera como he iniciado mi participación en este acto. Hasta puede parecerles irreverente, dada la ocasión que nos reúne. Pero, esto no es un sermón. Tampoco es una oración fúnebre. Ni se trata siquiera de una elogía o panegírico. Solo quiero recordar al Orlando que conocí. Y, al hacerlo, quiero dar gracias a Dios por concederme la bendición de haber conocido a Orlando, y de haber sido hecho copartícipe, con él, de las tareas del Reino.

Mi relación con Orlando fue multifacética. Fui su Rector y compañero de trabajo en las responsabilidades que llevamos a cabo en el Seminario Bíblico Latinoamericano. Fui miembro de la Junta Directiva del Centro Evangélico Latinoamericano de Estudios Pastorales – el CELEP, que los ha convocado para este culto –, institución que él había fundado; y le sucedí como Director de esa misma institución, con temor y temblor, porque sabía – para expresarlo en un dicho que no es nuestro, pero que era verdad metafórica y literalmente – que “me quedaban grandes sus zapatos”.

No quiero, sin embargo, hablar de este tipo de relaciones. Hay otros aspectos de su vida y de nuestro trato que son, al menos para mí y en esta hora, mucho más importantes y están mucho más cerca de mi corazón. Porque se puede ser todo lo anterior, y mucho más (como sin duda sucedió con otros), y no desarrollar esa particular

relación que recibe el nombre de amistad. La amistad, dijo en cierta ocasión un amigo – que, por mi mediación, también – conoció a Orlando – es “un accidente de la fe”; por eso, añadido ahora, encierra un misterio. Cuando Jesús quiso escoger un término para expresar ese misterio de su relación con sus discípulos, no escogió la palabra “hermanos”, ni “compañeros”, ni “discípulos”. Escogió la palabra “amigos”: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Os llamo amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer”.

Si me hubieran pedido predicar esta noche un sermón – y si, en dicho caso, hubiera aceptado – habría predicado, no sobre el dolor de la muerte o la tristeza y el adiós de la separación, sino sobre el placer de la vida y el gozo de compartir con otros. Es por eso por lo que, en estas honras fúnebres, **in corpore absente**, nos permitimos hablar como hablamos y traer a la memoria recuerdos que hablan de exultación, vida y alegría.

Dos virtudes – sin duda entre otras muchas – adornaban el carácter tan idiosincrásico de Orlando. Una parece superficial y aun frívola; pero, para quien les habla, muy valiosa, por razón que indicaré luego. Orlando era un gran decidor. O sea: era un gran contador de chistes. No había ocasión en que se cruzaran nuestros caminos que no intercambiáramos las últimas adquisiciones en nuestros respectivos repertorios. Y como gozaba de una memoria privilegiada..., una palabra, un gesto, un dato o un relato de un chiste desataba en él un raudal de otros tantos.

Esa capacidad de reírse de la vida, al mismo tiempo que la tomaba profundamente en serio, revelaba **la calidad humana de Orlando**. Su experiencia en el evangelio, que fue enriqueciendo a lo largo de su corta pero intensa vida, no lo convirtió en ultramundano. ¡Ya tendría tiempo para ello cuando partiera – como ha partido – a escuchar el “Bien, buen siervo y fiel!” Todo lo contrario. Orlando amó la vida y, con perdón de los académicos, **la vivió** con pasión. Por eso se entregaba con pasión a todo lo que hacía; por eso, cuando pudo, practicaba deportes... y cuando no pudo, iba a ver a otros que los practicaban, y se llevaba consigo a sus amigos.

Su calidez humana – que a ratos se expresaba en explosiones de emoción – lo llevaba a defender con ardor sus posiciones, a expresar con vehemencia sus convicciones y, a veces, hasta a ser intransigente, sobre todo si consideraba que se estaba atentando contra la integridad del evangelio. Pero, pasado el momento de la efervescencia cargada de emoción, su propia y personal integridad lo impulsaba a buscar a quien hubiera podido haber ofendido, para pedir perdón y para impedir que se rompiera la comunión fraterna. En más de una ocasión expresó esta disposición de su espíritu en lenguaje muy pintoresco. Porque Orlando no sabía guardar rencores. Los enemigos que pudo haber tenido fueron, por lo que a él se refiere, siempre transitorios, en tanto tales.

La segunda virtud – ¡aunque ya hemos mencionado más de una! – que deseo destacar en esta ocasión, es la capacidad que tuvo para infundir en otros parte del ánimo, del brío y del fuego que a él parecían sobrarle. ¡A cuántos – como a este que les habla – no nos alentó con su sabio consejo y con el ejemplo de su entrega sin reservas, abierta y completa, cuando, en algunas ocasiones, estuvimos a punto de tirar la toalla a causa de la frustración y del desánimo! Dedicado a su trabajo robándose horas a la noche y al descanso – y nunca a sus amigos –, Orlando contagiaba a los demás con el mismo virus del trabajo, que no es matemático porque no hace cálculos escondidos. ¡Y a fe mía que se molestaba cuando los demás se dejaban llevar por la pereza o por la desidia! Sobre todo, si esos eran responsables ante él.

Orlando fue insaciable en sus anhelos de superación y perfeccionamiento. Basta leer su amplia producción literaria para percibir, sin esfuerzo, cómo caminó hacia la madurez, como escritor y como pensador cristiano. En algunos aspectos me tocó acompañarlo, con alegría y satisfacción, en buena parte de su itinerario inicial.

Evangélico de tradición y de convicciones, no era mezquino ni en la ecumenicidad de su visión ni en la entrega de su compromiso. El evangelio en el que creyó fue el evangelio de Jesucristo y del Reino de Dios, no el evangelio sectario, de mirada corta y provinciana que excluye de sus relaciones a los que no son igualmente miopes. Esa visión de amplios horizontes le permitió ser testigo de Jesucristo en los cinco continentes.

Hombre polémico, pensador insigne, misionólogo destacado, escritor incansable, conferenciante buscado, evangelista de corazón, esposo amoroso y padre ejemplar, organizador tenaz, amigo que no regateaba lealtades... eso, y mucho más, fue Orlando E. Costas. En el decir de D. Miguel de Unamuno, fue “todo un hombre”; en el de San Pablo, un “siervo de Jesucristo”.

¡Adiós, amigo y compañero! Volveremos a encontrarnos el día cuando el Señor a quien serviste haga nuevas, definitivamente, todas las cosas. Y a ti y a mí con ellas.

r

8

